

Buenos Aires. Una refundación hacia el Oeste

Josefina Pontoriero de Baglivo

Durante los siglos XVI y XVII existía un menesteroso poblado de ranchos de barro y paja que se denominaba Ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires. Hacia el oeste se extendía una zona de montes con animales salvajes que se denominaba La Matanza. En 1608 Hernando Arias de Saavedra (*Hernandarias*), gobernador de Tucumán y Río de la Plata y primer criollo que ejerció un cargo público en América, mandó hacer una mensura demostrando que eran tierras vacantes las que fueron afectadas a la fabricación de ladrillos y tejas para la construcción del Fuerte de Buenos Aires. Con el tiempo se fueron convirtiendo en quintas donde se producían las frutas y hortalizas que se consumían en la ciudad.

Ya en el siglo XVIII esas tierras habían sido vendidas a distintos dueños. En 1776, Mariana Fernández vendió una chacra de quinientas varas de frente y una legua de fondo a Juan Diego Flores. Don Juan era un porteño descendiente de españoles que residía en la Capital. Su apellido dio nombre al barrio. Al adquirir la chacra continuó trabajando en el obraje de ladrillos y tejas por un tiempo. Recorría frecuentemente la zona a caballo y se internaba, con su tropa de carretas, en las salinas grandes, territorio indio, para comerciar la sal a su vuelta. Fue un hombre de trabajo que introdujo en la zona, antes abandonada, mejoras que hicieron valorizar esas tierras forjándose una sólida posición económica.

En el año 1801, en una antigua casa de la ciudad, actual esquina de Hipólito Yrigoyen y Piedras, fallecía don Juan Diego Flores, quedando como sucesores su esposa y su hijo Ramón.

El flamante obispo Benito Lue y Riega fue el decimocuarto obispo de Buenos Aires, elegido por Pio VII, el 18 de octubre de 1802, y tomó posesión canónica, por apoderado, el 24 de marzo de 1803. En una extensa visita pastoral por la zona se lamentó de que tantos feligreses se encontraran sin asistencia religiosa por estos lados.

Habiéndose incrementado la población en el lugar, a mediados de 1804, se dio por hecho que se había creado un nuevo pueblo, por lo que sería necesaria la creación formal de la parroquia. El obispo Lue creyó necesaria la erección del curato. Ramón Flores (según algunos autores), supuestamente a sugerencia de su padre en el lecho de muerte, donó una manzana a la Curia para que se estableciera el curato y la construcción de la Iglesia, sobre el camino Real, otra al Estado para trazar una plaza y otra para los mataderos públicos. La donación fue aceptada rápidamente. Por medio de un auto episcopal del 31 de mayo de ese año se creó el curato bajo la advocación de San José, y en homenaje a don Juan se lo llamó San José de Flores, incluyendo el pueblo, contando con la anuencia del virrey Sobremonte.

Mientras los propios vecinos comenzaron a levantar la iglesia, el obispo Lue tomó provisoriamente la capilla que poseía en su quinta don Pablo Gaona, proveyéndola de una pila bautismal con custodia de los Sagrados Óleos, y colocando en el altar mayor un tabernáculo con el Santísimo Sacramento de la Eucaristía iluminado de día y de noche. El presbítero Simón Bustamante, fue nombrado párroco con funciones interinas. El otro lugar que destinó Lue, como auxiliar de la anterior, fue la capilla que se encontraba en la antigua quinta que había sido de Carlos Valenti, y designó un padre teniente para atender a los feligreses en este curato de San José, el de Monserrat y el de La Piedad. Éste último se denominaba también de Don Carlos, ya que era un acaudalado vecino llamado Carlos Dos Santos Valente, de origen portugués, que la construyó en el último tercio del siglo XVIII.

Había otros oratorios y capillas particulares en las fincas de la jurisdicción de Flores. Uno de ellos fue erigido a mediados del siglo XVIII por Juan Bautista de Herrera. Constaba de una gran habitación y otra pequeña que servía de sacristía con un pasillo y una campana. Cuando pasó a posesión de Juan Pedro de Córdoba, la mejoró y proveyó de un sacerdote que oficiaba misa los domingos y fiestas de guardar, a la cual concurrían los labradores y vecinos.

Como vimos anteriormente, los vecinos comenzaron a trabajar para la construcción de la primera capilla en noviembre de 1806. Era una construcción precaria, sobre la actual calle Rivera Indarte con frente al Este. Poseía una sala de siete metros de largo y un rancho de diez. Su techo se construyó con tirantes de palma, tijeras de duraznero salvaje cubierta de paja y quinchá (tejido de junco con que se afianzaba el techo de paja totora, caña, etc.) como se hacían las construcciones pre-

carias de la época. Tenía una sacristía anexa a la que se le colocó un techo de lapacho y alfajías de cedro, dos puertas y una gran ventana con herrajes. Las fronteras de la Iglesia fueron marcadas con zanjas. A ella se trasladó el oratorio de la quinta de Gaona.

El primer párroco que nombró oficialmente el curato en 1808 fue Miguel García, un hombre de cultura poco común para la época. Egresado de las universidades de Córdoba y Chuquisaca, con los años llegó a ser presidente de la Legislatura y más tarde rector de la universidad de Buenos Aires.

Después de poco tiempo y por la acción de los vientos y lluvias comenzó a haber filtraciones en el templo, con peligro de que su techo se desplomara sobre los feligreses. Se dedicó a su reparación, para que fuera más duradero, una cuestación de los vecinos y hasta se logró que Ramón Flores donara 12.000 ladrillos de primera calidad. Aun así, sus sucesores Manuel José Warnes, José Ignacio Grela y Nicolás Herrera, heredaron un templo muy pobre.

En el verano de 1812, al frente del ejército que se encaminaba al Norte, pasó por allí Manuel Belgrano con dieciséis carretas de municiones y tiendas de campaña. Hizo allí su primera parada y entró en la iglesia a orar. Escribió luego en sus memorias «El pueblo comienza a formarse, la iglesia aún no está concluida, su largo: veinte varas, su ancho ocho y media.

A las cercanías hay de 16 a 20 familias y son contados los edificios de material; a inmediaciones hay quintas pertenecientes a vecinos de la capital, con plantíos de duraznos y algunas huertas.

El curato tiene legua y tres cuartos de jurisdicción y los ferigreses que la ocupan son mil seiscientos: bautismos 180 al año y casamientos 20... Es de admirar que la población no esté ni en diez a uno con los bautismos»

En 1824 fue nombrado párroco Nicolás Herrera, quien introdujo importantes reformas en la capilla y la embelleció. Colocó en el centro del altar mayor la imagen del patrono San José, talla de notable calidad realizada por el ebanista vizcaíno Isidro Lorea. Entre sus valiosas obras destacan el altar mayor de la catedral de Buenos Aires, y molduras y retablos de la iglesia de San Ignacio. Fueron unos de los primeros vecinos de Flores, Joaquín Belgrano, otro hermano de don Manuel, diputado por el pueblo de Flores, su mujer Catalina Mellián, hija de Antonio Mellián y Josefa Correa. Según algunos autores, él donó un violín que ejecutaba Juan Carlos Cruz durante los oficios religiosos.

Su construcción demoró tres años y nueve meses, y fue inaugurada y bendecida por monseñor Federico Aneiros con una gran celebración y sus padrinos fueron el gobernador Dardo Rocha y la señora Felisa Dorrego de Miró. El matutino *La Prensa* del 19 de febrero de 1883, dice al respecto: «No se borrará fácilmente de la memoria del vecindario de Flores la fiesta del domingo».

Bibliografía

MOLINA, Raúl A.: *Genearquía y Genealogía de Belgrano*, Historia Colección de Mayo III- 1960.

CUNIETTI, Ferrando, A.: *San José de Flores, el pueblo y el partido (1580-1880)*.

LLANES, Ricardo: *El barrio de Flores (recuerdos)*, Bs., As. 1964.

PRIGNANO, Ángel: *Buenos Aires: El barrio de Flores y sus hechos*, Bs.As. 2002.

CARBIA, Rómulo: *San José de Flores*, Bs.As. 1906.

PONTORIERO, Josefina: «El pueblo comienza a formarse» –Parte I y II–
Revista *Cartas* 7-02 y 8-02.

81. LA CORUÑA.—Fábrica de Tabacos.



Fábrica de Tabacos. La Coruña, hacia 1920. Archivo Histórico Municipal. La Coruña